

Jesús y Nicodemo - Juan 2:23-3:15

(Jn 2:23-3:15) “Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre. Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu. Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”

Introducción

Jesús hizo muchos milagros en Jerusalén durante la fiesta de la pascua, de tal manera que *“muchos creyeron en su nombre”*. Pero su fe, que se basaba casi exclusivamente en los milagros, era incompleta, y por esta razón, Jesús *“no se fiaba de ellos”*, ni los reconocía como discípulos auténticos. Una de las personas que por los milagros había llegado a la conclusión de que Jesús era un maestro venido de Dios, era Nicodemo, un principal entre los judíos. Éste quiso saber más de Jesús y le hizo una visita privada. El Señor aprovechó la ocasión para enseñarle que el convencimiento intelectual por sí solo no puede salvar a nadie, es necesario algo mucho más profundo, *“es necesario nacer de nuevo”*.

“Muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía”

El evangelista nos ha informado que antes de la pascua el Señor había ido al templo en Jerusalén y que allí tuvo un fuerte enfrentamiento con los que vendían animales y cambiaban monedas. Sin duda, esto tuvo que ser aplaudido por muchos judíos que sufrían los abusos que aquellos *“ladrones”* cometían en el mismo templo de Dios. Pero en esos mismos días, el Señor hizo también muchas otras señales que no se nos detallan, y que definitivamente le convirtieron en el blanco de todas las miradas en Jerusalén.

Y Juan añade que *“muchos creyeron en su nombre”*. Ahora bien, ¿en qué consistía esta fe? Probablemente implicaba que estaban de acuerdo con la denuncia que acababa de

hacer en el templo contra todo el comercio que allí se hacía y que todos los israelitas tenían que sufrir en silencio. Y también incluiría su admiración y asombro por las grandes obras de poder que Jesús hacía, como sus milagros de sanidad o la expulsión de demonios.

“Pero Jesús no se fiaba de ellos”

Este comentario nos deja perplejos: si creían en él, ¿por qué entonces no se fiaba de ellos? Porque su “fe” estaba muy lejos de ser la verdadera fe que salva y que Cristo busca en los hombres. La fe que ellos tenían se basaba en milagros, y tal vez en el hecho de estar de acuerdo con Jesús en que hacían falta algunas reformas drásticas dentro del judaísmo, como la que había empezado en el templo. Pero esto, es algo muy diferente a la fe de los auténticos creyentes y que se destaca en los versículos anteriores: **(Jn 2:22)** *“creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho”*.

No hemos de olvidar que no todo tipo de fe salva. Santiago dice por ejemplo, que *“también los demonios creen y tiemblan”* **(Stg 2:19)**. Y el evangelio de Juan nos proporciona varios casos que ilustran el hecho de que, no todo el que dice creer, es un auténtico creyente. El Señor se enfrentó con algunos de los judíos que le seguían porque sus motivaciones no eran las correctas: **(Jn 6:26)** *“Respondió Jesús y les dijo: De cierto de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis”*. Y en otra ocasión: **(Jn 8:31)** *“Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos”*. Aparentemente creían en él, pero cuando comenzó a exhortarles a permanecer en su Palabra, inmediatamente manifestaron todo el odio que pudieron contra él: **(Jn 8:48)** *“Respondieron entonces los judíos, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio?”*.

A esos judíos les pasaba lo mismo que a mucha gente en la actualidad: son atraídos por todos aquellos elementos espectaculares del cristianismo, pero no creen en Cristo y en su Palabra. El problema de todas estas personas es que se quedan a la mitad del camino. Notemos que el evangelista Juan siempre se refiere a los milagros como *“señales”*. Cuando vemos una señal en la carretera, ésta nos sirve para indicarnos el camino que debemos seguir, pero sería absurdo quedarnos al pie de la “señal” creyendo que ya hemos llegado a nuestro destino. Esto es exactamente lo que hacen aquellos que se paran fascinados ante los milagros y no llegan a conocer a Cristo como Señor y Salvador. Son en muchos casos personas que buscan una solución a algún problema temporal, como una enfermedad, pero no están interesados en la salvación eterna de su alma.

Este tipo de personas, frecuentemente hacen todo tipo de manifestaciones muy entusiastas, pero con el tiempo se puede ver que han sido atraídas a Cristo de una forma superficial, y que nunca han llegado a tener una fe auténtica. El evangelio nos advierte de esto, y explica la opinión que Jesús tenía de estas personas: *“No se fiaba de ellos”*.

Siempre que leemos palabras tan duras como estas, debemos examinarnos a nosotros mismos a la luz de la pregunta que el apóstol Pablo le hizo a la iglesia en Corinto: *“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos”* **(2 Co 13:5)**. No sea que el Señor nos tenga que decir como a la iglesia de Sardis: *“Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto”* **(Ap 3:1)**.

“Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo”

Los versículos finales del capítulo 2 enlazan magníficamente con los primeros del 3: “... Jesús sabía lo que había en el hombre. Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo”.

Nicodemo era uno de estos judíos que también había quedado fascinado con los milagros de Jesús. Esto fue lo primero que le dijo cuando se acercó a él: “*Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él*”. Pero a lo largo de la conversación que ambos tuvieron, quedó en evidencia, que a pesar de la admiración que las obras de Jesús le producían, todavía no había llegado a entender la necesidad del nuevo nacimiento.

“Nicodemo, un hombre de los fariseos”

Nicodemo pertenecía a la secta de los fariseos, así que debemos detenernos un momento para considerar cuáles eran sus características principales, si queremos tener una idea de cuál era la forma de pensar de este hombre.

Los fariseos eran la secta religiosa más numerosa y respetada del judaísmo en los días de Jesús. Fundamentalmente creían que la salvación debían ganarla por medio de las obras, observando rigurosamente la Ley. Sin embargo, a pesar de que pretendían cumplir la Ley, la realidad es que habían sustituido la Palabra de Dios por sus propias tradiciones, y se conformaban con un cumplimiento meramente externo. Así que, aunque la palabra “fariseo” significaba “puro” o “separado”, esta pureza sólo era externa, por lo que en muchas ocasiones el Señor los acusó de hipocresía, exhibicionismo y de tener una actitud de santurrona superioridad sobre el resto de las personas.

“Un principal entre los judíos”

Pero Nicodemo no era un fariseo del montón, sino que era una persona de reconocida reputación dentro del judaísmo de esos días. En **(Jn 7:50)** vemos que era miembro del Sanedrín, la corte suprema de los judíos. Además, Jesús dijo de él que era “*maestro de Israel*” **(Jn 3:10)**.

Si había alguien entre los judíos del que se pudiera esperar que conociera la voluntad de Dios para el hombre, éste debería haber sido Nicodemo. Sin embargo, a través de la conversación con Jesús, vemos sus tremendas dificultades para comprender las verdades espirituales que le intentaba enseñar.

“Este vino a Jesús de noche”

Desde el momento en que Jesús entró en el templo, y se enfrentó con los mercaderes y cambistas reivindicando su autoridad mesiánica sobre el templo, se había ganado la oposición de los líderes judíos. Así que, cuando Nicodemo fue a ver a Jesús y lo reconoció como maestro, sin duda estaba dando un gran paso. Podemos imaginarnos la cantidad de prejuicios que tuvo que superar este anciano miembro del Sanedrín para reconocer a un galileo, sin formación en las escuelas de los rabinos de Jerusalén, como un Maestro enviado de Dios, y venir a consultarle sobre temas espirituales de máxima importancia. Todo esto tenía que ser muy comprometido para él, así que, no es de

extrañar que tal vez por esto eligió la noche para no ser visto por sus compañeros del Sanedrín cuando fue a ver a Jesús.

“Porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él”

Nicodemo había hecho una deducción lógica: las señales que Jesús hacía evidenciaban con claridad que Dios estaba con él. Y parece ser que esta conclusión era compartida también por otros, puesto que dice *“sabemos”*, incluyendo tal vez a otros fariseos o miembros del Sanedrín (**Jn 12:42**).

En cualquier caso, esto es interesante, porque aquí había un fariseo al que las señales que Jesús hacía le resultaban convincentes. ¡Qué diferencia con aquellos otros fariseos que después de haber visto innumerables milagros de Jesús, todavía le seguían pidiendo otra señal (**Mr 8:11**)!

“El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”

Nuestro texto dice que *“respondió Jesús y le dijo”*, pero realmente, Nicodemo no había hecho ninguna pregunta. Una vez más el Señor estaba viendo el corazón de este fariseo y contestando a su inquietud más profunda: *¿Cómo puedo entrar en el Reino de Dios?*

En su *“respuesta”*, Jesús fue directamente a la clave del asunto: el hombre en su estado actual no puede salvarse por sí mismo, tal como creían los fariseos, sino que le hace falta una nueva naturaleza.

La idea de *“nacer de nuevo”* encerraba mucho más de lo que Nicodemo pensó en un principio. Por su contestación vemos que él sólo entendió *“nacer otra vez”*, pero no alcanzó a ver que en las palabras de Jesús estaba también implícita la idea de *“nacer de un modo diferente, de otra naturaleza”*. El Señor tuvo que dedicar tiempo a explicarle que si nacía de la misma manera que la primera vez, todo acabaría siendo igual al final. Era necesaria una nueva naturaleza.

“¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?”

Nicodemo quedó perplejo por la declaración de Jesús. Su mente estaba intentando buscar una solución para estas enigmáticas palabras: *“¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?”*.

Podemos imaginarnos algunas de las dificultades que Nicodemo tenía para entender el lenguaje de Jesús. Para empezar, estaba interpretando las palabras de Jesús de forma literal, sin darse cuenta del valor espiritual de lo que estaba escuchando, así que, le parecía absurdo el hecho de plantearse la posibilidad de que un hombre viejo volviera a entrar en el vientre de su madre para volver a nacer nuevamente. Pero por otro lado, ¿qué necesidad tenía Nicodemo de volver a nacer, si ya había nacido de la descendencia de Abraham? Él ya era un judío, miembro del pueblo escogido de Dios. ¿Qué más se podía añadir a esto? ¿Por qué había de nacer otra vez?

“El que no naciere del agua y del Espíritu”

El Señor explicó el camino que todos los hombres, no sólo Nicodemo, deben seguir para nacer de nuevo: *“del agua y del Espíritu”*. ¿Pero qué quiso decir con esto?

En principio no encontramos mucha dificultad en la expresión *“nacer del Espíritu”*, pero en cambio, *“el agua”* aparece en el Nuevo Testamento como símbolo de varias cosas. Por ejemplo, el apóstol Pablo se refirió al agua como un símbolo de la Palabra de Dios que nos limpia (**Ef 5:26**). El Señor la utilizó en otra ocasión como símbolo del Espíritu Santo (**Jn 7:38-39**). Y otros piensan en el agua como un símbolo del bautismo cristiano. ¿A qué se refiere exactamente?

Al interpretar las palabras de Jesús no debemos olvidar que fueron dirigidas a Nicodemo, por lo tanto, tenemos que preguntarnos qué podía entender él, o alguien que estuviera en ese contexto. Por ejemplo, Nicodemo no pensaría que Jesús le estaba hablando del bautismo cristiano, puesto que éste todavía no existía. En cambio, es muy probable que lo relacionara con el bautismo de Juan el Bautista, y máxime, cuando en su predicación, el profeta relacionaba los dos conceptos del *“agua”* y el *“Espíritu”*: (**Jn 1:33**) *“El que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo”*.

Nicodemo, como un principal entre los judíos, conocía bien el ministerio que había llevado a cabo Juan el Bautista. Y seguramente, como fariseo había sido uno de los que había rechazado el ser bautizado por Juan: (**Lc 7:30**) *“Mas los fariseos y los intérpretes de la ley desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos, no siendo bautizados por Juan”*. Pero ¿por qué este rechazo? Pues básicamente, porque el bautismo en agua de Juan iba acompañado por un llamamiento al arrepentimiento genuino y a no conformarse con el hecho de que por ser descendientes de Abraham, ya estaban preparados para la venida del Mesías (**Mt 3:7-9**), y estas dos cosas, no las quisieron aceptar los fariseos. Ellos se creían justos y por eso no quisieron participar de un bautismo que implicaba reconocer que no lo eran. Así que prefirieron pensar que por ser hijos de Abraham, ya estaban dentro del Reino de Dios.

Así que, el Señor le estaba recordando a Nicodemo que para nacer de nuevo, debía cambiar el concepto que como fariseo tenía de sí mismo, y aceptar el diagnóstico divino de que él era un hombre pecador que necesitaba arrepentirse si quería estar preparado para la venida del Mesías y su Reino.

Pero el arrepentimiento por sí sólo no es suficiente. Juan mismo enseñó que su bautismo para arrepentimiento sólo era un paso previo para prepararse para la venida del Mesías, y que sólo él cuando viniera, completaría la obra por medio del bautismo en *“el Espíritu”*. Por lo tanto, Nicodemo, y todos nosotros, debemos arrepentirnos y creer en Jesús si queremos entrar en el reino de Dios.

Este segundo paso, tampoco era fácil para Nicodemo en su condición de fariseo. Desde que Cristo había aparecido en la escena pública de Israel, la actitud de los fariseos hacia él había sido de oposición y desprecio, buscando una y otra vez la forma de destruirle. Para Nicodemo, aceptar a Jesús implicaría necesariamente sufrir la burla y el menosprecio de los que hasta ese momento eran sus compañeros. Y de hecho, así fue (**Jn 7:45-52**).

Por lo tanto, mientras que el arrepentimiento es algo que nosotros debemos hacer, el *“nacer del Espíritu”*, es algo que sólo puede hacer Cristo en nosotros: *“él es el que bautiza con el Espíritu Santo”* (**Jn 1:33**).

Este nacimiento del Espíritu tiene que ver con la regeneración: (**Tit 3:5-6**) *“... Por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Señor”*.

Sólo el Espíritu de Dios puede operar en el hombre este cambio radical que nos convierte en hijos de Dios: (**Jn 1:12-13**) *“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su*

nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios". Nicodemo debía dejar de confiar en que por sus propios esfuerzos podía cambiar su naturaleza pecaminosa. Esto era imposible.

“No puede entrar en el reino de Dios”

Todo lo que Nicodemo había necesitado para adquirir los derechos del judaísmo era haber nacido de la descendencia de Abraham. Pero para gozar los privilegios del reino de Cristo, es necesario nacer nuevamente del Espíritu. Sin esta transformación profunda, es imposible entrar en la esfera de su reino. Ni aun el mejor de los hombres, está a la altura de los elevados niveles de santidad de este reino. Sólo por medio de una nueva vida creada a la imagen de Cristo, el hombre puede estar preparado para entrar en su reino.

“Lo que es nacido de la carne, carne es”

El término *“carne”* se refiere aquí a la naturaleza humana pecadora. Y lo que el Señor está explicando, es que esta naturaleza sólo puede producir algo semejante a ella. La conclusión inevitable es que desde Adán, todos, sin excepción alguna, hemos heredado esta naturaleza caída.

Con esto, el Señor estaba explicando a Nicodemo, que aunque pudiera *“volver a entrar en el vientre de su madre, y nacer”*, esto no solucionaría nada, porque seguiría heredando la misma naturaleza pecaminosa. Tal vez, una segunda oportunidad, serviría a algunos para evitar ciertos fracasos anteriores, pero no cambiaría esencialmente su naturaleza.

“Y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”

El Señor le había dicho a Nicodemo que era necesario que naciera *“del Espíritu”*. Sólo por medio de la regeneración del Espíritu, el hombre caído puede recibir la vida de Dios, y elevarse por encima de las limitaciones de su naturaleza adámica.

Este nacimiento sólo puede ser producido por el Espíritu. No es algo en lo que el ser humano pueda aportar algo. Muchos discrepan con este diagnóstico divino, y piensan que el hombre no es tan malo, ni su estado es tan grave, y por lo tanto, creen que por medio de ciertas reformas religiosas en sus vidas, un poco más de disciplina y ciertas dosis de buena educación, el hombre puede conseguir estar a la altura de las demandas del reino de Dios. Pero se engañan. Y Nicodemo, a pesar de su religiosidad y moralidad, también tenía que comprender la total incapacidad de la naturaleza humana para remediar su propia condición caída.

Con todo esto, el Señor estaba presentando su plan para llevar a hombres y mujeres pecadores a su reino. Y está dejando claro que él no había venido a *“poner parches”* en la dañada naturaleza humana, sino a hacer hombres nuevos. Su obra no iba a consistir en hacer ciertos cambios superficiales, sino en realizar una transformación radical de la mente, el corazón y la voluntad del hombre, que lo prepare para entrar en su reino.

“No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo”

Parece que el Señor percibió cierto grado de asombro en Nicodemo por lo que estaba escuchando, así que le dijo: *“No te maravilles”*. ¿Qué era lo que causaba esta reacción en Nicodemo?

Bueno, realmente el Señor acababa de darle la vuelta a todos los conceptos de este religioso. Él pensaba que la salvación era algo que él tenía que conseguir por medio de sus buenas obras, y Jesús le estaba explicando que esto era imposible, y que de hecho, la salvación es un regalo de Dios.

“Así es todo aquel que es nacido del Espíritu”

Nicodemo había manifestado su perplejidad ante la enseñanza del nuevo nacimiento por el Espíritu, así que Jesús afirma nuevamente esta realidad por medio de una ilustración: la obra del Espíritu es comparada con los movimientos del viento.

Lo que viene a decir es que la operación del Espíritu es tan misteriosa como los movimientos del viento: ninguno de los dos se pueden ver; son un poder que el hombre no puede someter a su control; sus caminos son desconocidos, ni conocemos su origen ni tampoco su destino. Pero aunque es una obra que escapa al análisis del hombre natural, la nueva vida que el Espíritu produce en el corazón del creyente, es realmente efectiva y tiene efectos visibles.

“Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto?”

Nicodemo estaba luchando por entender lo que Jesús le estaba diciendo. Su formación farisaica, en la que el hombre se salvaba por medio de sus esfuerzos, le impedía comprender que el nuevo nacimiento provenía de Dios. ¡Cuántas veces nuestras ideas religiosas preconcebidas nos impiden aceptar la verdad de Dios!

Pero lo más grave del asunto, es que si Nicodemo, un *“maestro de Israel”*, no entendía esto, ¿cómo estaría el resto del pueblo? El Señor usó en otra ocasión una figura muy gráfica: *“¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?”* (Lc 6:39).

“Lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos”

Ante la incredulidad de Nicodemo, Jesús afirma que las verdades que ha tratado de hacerle comprender, no son el resultado de suposiciones o especulaciones, sino que provienen de una estrecha comunión con el Padre (Jn 5:20) (Jn 14:10). Su testimonio tenía un valor especial porque provenía de lo que él mismo había visto con el Padre en la eternidad. Y esto era algo que Nicodemo sabía, porque cuando se presentó a Jesús, lo primero que le dijo fue: *“Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él”* (Jn 3:2).

Así que, aunque para Nicodemo todos estos conceptos le pudieran parecer extraños, debía tomarlos en consideración porque venían acreditados por un testigo de excepción.

“Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?”

Hasta este momento, Jesús le había estado hablando a Nicodemo de aquellas cosas del reino de Dios que acontecen aquí y ahora en la experiencia humana. Pero aun había mucho más que Cristo podría decirle acerca de este reino y que pertenecen a la esfera celestial. El problema era que si Nicodemo consideraba increíbles las cosas que sucedían en su propio contexto, con mayor facilidad rechazaría aquellas otras cosas del plan eterno de Dios en relación con la redención de la humanidad. Una vez más se pone de manifiesto, que la mayor dificultad para avanzar en el conocimiento de Dios, no tiene que ver con la mente sino con el corazón.

“Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre”

El Señor sigue hablando a Nicodemo en cuanto a la fuente de esta revelación: no ha sido ningún hombre quien ha ido al cielo para traer estas verdades, sino que Dios mismo ha descendido del cielo para comunicarnos las cosas celestiales.

Pero si a Nicodemo le costaba entender lo relacionado con la regeneración de una persona humana, ¿qué pensaría de lo que Jesús le estaba hablando ahora: la encarnación de una Persona divina?

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto”

Hasta este momento de la conversación, Jesús le había estado explicando a Nicodemo la necesidad del nuevo nacimiento, y que éste sólo era posible por medio del arrepentimiento y una obra sobrenatural del Espíritu Santo. Luego afirmó que su testimonio era auténtico porque surgía de una relación especial con el Padre. Ahora Nicodemo ya no está haciendo más preguntas, ni interrumpiendo al Señor en cada frase, lo que da la opción al Señor para que complete su argumentación explicándole exactamente cuál debía ser el objeto de la fe, y que no podía ser otro sino Cristo y su obra de la Cruz. Era importante precisar este asunto, porque tanto Nicodemo, como muchos otros en aquellos días, estaban impresionados por sus milagros, pero éstos sólo eran “señales” que les debían conducir a colocar su fe en Jesús como Mesías, y en la obra que se disponía a llevar a cabo por medio de su muerte en la Cruz y su posterior resurrección.

El Señor comienza su explicación por medio de una comparación: *“Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado”*.

El incidente mencionado lo podemos encontrar en **(Nm 21:4-9)**. Allí vemos cómo Dios envió serpientes que mordían mortalmente al pueblo como un juicio por su pecado. Pero en un momento concreto, los israelitas llegaron a reconocer su pecado y rogaron por su perdón. Entonces Dios mandó a Moisés que se hiciese una serpiente de bronce y la pusiera sobre un asta, de tal manera que cuando algún israelita era mordido por una serpiente, si miraba a la serpiente de bronce pudiera vivir. Y de la misma manera que la serpiente de bronce sobre el asta era un medio de salvación para todos los que eran mordidos, así también Cristo fue levantado en una cruz a la vista de todos los hombres para poner la vida eterna al alcance de toda la humanidad perdida.

La ilustración tiene también otro elemento en el que debemos reflexionar. Los israelitas tenían que mirar a la serpiente colocada sobre el asta para ser librados de la mordedura

de las serpientes venenosas, y no deja de ser curioso que Dios mandara a Moisés que colocara precisamente como medio de su salvación, aquello que precisamente era la causa de su muerte. Pero aun en este detalle podemos ver también un paralelismo, porque para que el hombre pueda ser librado de la muerte causada por su naturaleza caída, debe mirar precisamente a un hombre levantado en una cruz. El apóstol Pablo lo explicó de esta manera: *“Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”* (Ro 8:3).

“Así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado”

Esta es la segunda vez que la expresión *“es necesario”* aparece en este pasaje. La primera fue en (Jn 3:7) *“os es necesario nacer de nuevo”*; y la segunda la encontramos en (Jn 3:14) *“es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado”*.

La primera se aplica al hombre, puesto que es él quien por medio del arrepentimiento se tiene que acercar a Cristo quien es el único que puede transformarle en una nueva criatura por el Espíritu. La segunda tiene que ver con Dios, porque para que el hombre pudiera ser recibido en el Reino de Dios, antes era necesario que las exigencias de la justicia y la santidad de Dios fueran satisfechas, y la única manera era la muerte de Cristo en la cruz.

Cuando Jesús anunció que esto era *“necesario”*, nos hace pensar que Dios mismo había considerado otras posibles alternativas, pero que no encontró ninguna otra solución aparte de la cruz. Su mismo Hijo debía morir en lugar de los pecadores; esto era necesario. Por lo tanto, desde el mismo comienzo de su ministerio, Jesús sabía cuál había de ser su final. El Señor no fue hasta la cruz bajo la influencia de algún impulso repentino, o porque algo saliera mal en su programa. Todo lo contrario. Tanto lo que el Hijo debía hacer, como la hora señalada para ello, había sido destinado desde antes de la fundación del mundo (1 P 1:18-20). Y mientras tanto, el Señor soportaba la agonía anticipada, siempre mirando hacia la cruz por amor a su propio Padre que le había enviado, y por amor también a aquellos pecadores que había venido a salvar.

“Para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”

Comenzamos este estudio hablando acerca de aquellos que creían en Jesús viendo las señales que hacía, pero ahora el mismo Señor nos dice con toda claridad en qué debían creer realmente si querían tener la vida eterna: Debían que poner su fe en Cristo y en la obra que él iba a llevar a cabo en la cruz. Como ya hemos señalado, ellos corrían el peligro de detenerse en los milagros, pero eso no les salvaría. Su fe tenía que progresar hasta llegar al punto al que todas esas señales indicaban, que no era otro que la Cruz. Sólo así podrían participar de la vida eterna y entrar en el Reino de Dios.

Por lo tanto, la fe es la única forma de recibir los beneficios resultantes de la muerte de Cristo en la cruz. Pero ¿cómo ha de ser esa fe? Para contestar la pregunta, podemos pensar en la referencia que Jesús hizo a los israelitas que eran mordidos por las serpientes venenosas, y que tenían que mirar hacia la serpiente de bronce en lo alto del asta. Podemos estar seguros de que su mirada no sería fría, intelectual o sentimental. Forzosamente tenía que ser una mirada angustiada, como la del que sabe que en mirar le va la vida. Nosotros debemos mirar de esa misma forma a la Cruz. Con confianza plena en que lo que Cristo ha hecho en la Cruz es suficiente para nuestra salvación, y con el deseo ardiente de que él nos aplique sus beneficios a nuestras vidas.

Esta es la única forma de tener “*vida eterna*”. Pero ¿en qué consiste esta vida que es descrita como “*eterna*”? Se trata de una vida sin fin, que comienza ahora y dura para siempre. Pero no sólo se refiere a la duración de la vida, sino también a su calidad. Una vida ajena a las condiciones de espacio y tiempo que ahora tenemos, y que además participa de la naturaleza de Dios. En cierto sentido es equivalente a la expresión que Jesús utilizó anteriormente: “*entrar en el reino de Dios*”.

Preguntas

1. ¿En qué consistía la fe de los que creyeron en Jesús durante la fiesta de la pascua? ¿Por qué Jesús no se fiaba de ellos?
2. ¿Qué quería decir Jesús cuando dijo: “*el que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios*”? ¿Cómo lo entendió Nicodemo y en qué consistía su error? ¿Qué dificultades podría tener Nicodemo como fariseo para aceptar lo que Jesús decía?
3. ¿A que se refería Jesús cuando dijo que el nuevo nacimiento tenía que ser “*del agua y del Espíritu*”? Justifique suficientemente su respuesta.
4. ¿Por qué el Señor mencionó el caso de la serpiente de bronce en este punto de su argumentación con Nicodemo? Explique el paralelismo entre la serpiente de bronce y la obra de Cristo en la cruz.
5. En este pasaje hemos considerado dos cosas que “*son necesarias*”. ¿Cuáles son? Explique la importancia de cada una de ellas.